

Zoológico fantástico

René Avilés Fabila

Pasemos, ahora, del jardín zoológico de la realidad al jardín zoológico de las mitologías, al jardín cuya fauna no es de leones sino de esfinges y de grifos y de centauros.

—Jorge Luis Borges
y
Margarita Guerrero

**Este parque es suyo:
ayúdenos a conservarlo**

**No moleste ni dé comida
a los animales**

Los sátiros

En esta jaula viven los antiguos compañeros de Baco. ¡Vaya festividad! Todo es danzar, beber y tocar instrumentos musicales (pulsan las liras y de las flautas nacen como arabescos notas armoniosas, evidentemente sensuales). En ocasiones, y a falta de ninfas, gozan solitarios y ensimismados ante la multitud absorta.

Parece que no extrañan la libertad; mejor aún: se diría que nunca la conocieron. Su constante bacanal produce envidias en cuantos la contemplan (particularmente a solterones y beatas). Se ha dado el caso de entusiastas que mirando los juegos eróticos, permanecen frente a la jaula durante semanas, cada vez más tristes por no estar en ellos; languidecen y ahí mismo mueren; lo que no produce mengua en el jolgorio; por el contrario, un cadáver le procura mayor intensidad.

Aunque los guardias que rodean la jaula permanecen rígidos, inmóviles, tienen la misión de impedir que el público acepte invitaciones de los sátiros. No los culpe: obedecen órdenes. Vean ustedes el letrero puesto por la empresa del lugar y en el que pese a su decoloración todavía puede leerse: *Estrictamente prohibido participar en la juerga y emborracharse con los residentes de esta jaula.*

La anfisbena

La anfisbena es serpiente con dos cabezas, la una en su lugar y la otra en la cola; y con las dos puede morder...

—Brunetto Latini

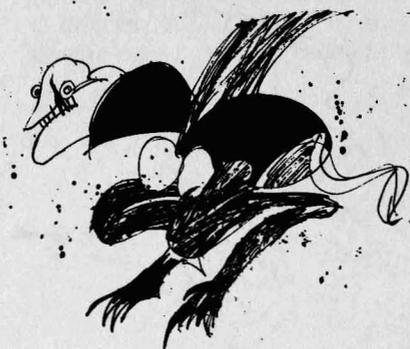
La anfisbena. Es interesante observar a este ofidio en movimiento. De lo contrario, si se mira en reposo, resulta imposible prever hacia dónde se dirigirá: adelante o atrás. Pero cuando reptar, sus dos cabezas funcionan simultáneas: una sigue a la otra en perfecta armonía: con ambos cerebros siempre acordes para evitar una ruptura, que para la anfisbena significaría la muerte: por sí misma cada mitad no puede impedir una agresión por la parte trasera, mientras que completa nunca ha necesitado cuidarse la espalda.

El mirmecoleón

Un zoológico adquirió hace poco un mirmecoleón para acrecentar su acervo de animales. Las personas suelen aglomerarse ante su jaula, observándolo detenidamente. Con la parte delantera de león y la trasera de hormiga, más que terrible está cómico. El público se divierte cuando el ser fantástico quiere realizar simultáneamente las tareas de sus padres: la trasera desea trabajar sin descanso, mientras que la delantera insiste en atragantarse de carne cruda. Pero al no obtener ni lo uno ni lo otro, la bestia se desespera, ruge, se agita, y ambas partes intentan reaccionar individualmente, aunque sin mayor éxito, ya que la división no llega y triunfa el todo, para que nada más sea mirmecoleón.

Las nagas

Extraídas de una leyenda indostana, las nagas actúan ahora en un famoso circo. El número es harto sencillo para estas serpientes (solamente aprovechan su cualidad de adquirir forma humana). Al inicio del acto, las nagas —quizá por pudor—, requieren del domador para efectuar la metamorfosis, que siempre es aplaudida hasta la saciedad. Y ya entusiasmadas por el triunfo, ellas mismas repiten el número una y otra vez sin necesidad de látigo.



La Esfinge de Tebas

La otrora cruel Esfinge de Tebas, monstruo con cabeza y busto de mujer, garras de león, cuerpo de perro y grandes alas de ave, se aburre y permanece casi silenciosa desde que Edipo la derrotó resolviendo el enigma que proponía a los viajeros y que era el único de su repertorio. Ahora, escasa de ingenio, y un tanto acomplejada, la Esfinge formula adivinanzas y acertijos ingenuos, que los niños resuelven fácilmente, entre risas y burlas, cuando van a visitarla a su morada,

durante el fin de semana.

Los reptantes

La culebra camina sin patas;
la culebra se esconde en la hierba;
¡caminando, se esconde en la hierba!
¡Caminando sin patas!

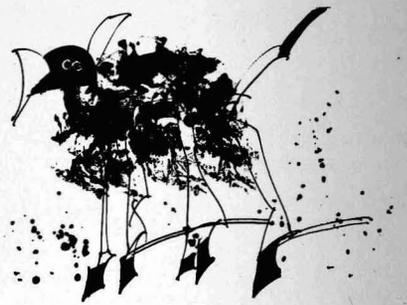
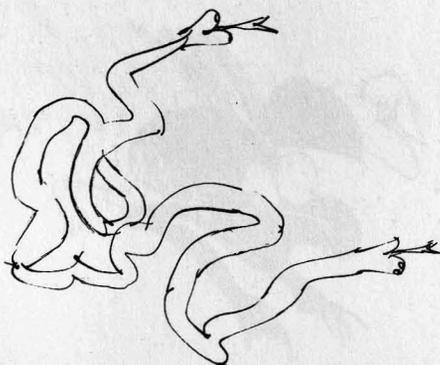
—Nicolás Guillén: *Sensemaya*

1:

Todos los reptantes —con extremidades— se caracterizan por llevar el cuerpo cerca, quizá demasiado, de la tierra. Pero la serpiente ha exagerado y abandonando las patas decidió arrastrarse. Todavía en ciertas variedades se notan los restos del viperino deseo: la serpiente pitón, por ejemplo, tiene a los lados de la abertura cloacal dos raras proyecciones, vestigios de las patas traseras. También otros reptiles: algunos lagartos, en su baja, permitieron el atrofiamiento de tales órganos, tomando así el aspecto de ofidios. Puede culparse, entre otros, como causante de ese acto vergonzoso, a la serpiente de vidrio europea (*Anguis Fragilis*, como la llaman los naturalistas), que en realidad es un mero saurio ápodo sin pretensiones de ninguna clase.

2:

Existen plenos indicios de que los reptiles desean quedarse sin extremidades. Al paso que van, dentro de millones de años,



absolutamente todos reptarán, prescindiendo del uso de las patas. Es de lamentarse, pues su empleo los dignificaría (como las alas a las aves, las piernas a los hombres, las aletas a los peces). Además, no olvidemos que la tierra sirve para pisar con firmeza, nunca para arrastrarse sobre ella.

3:

Pero algo han ganado los reptantes sin patas. Ahora, fácilmente, pueden ocultarse de la mirada humana que casi siempre es despreciativa y, en algunos casos, de interés científico al pensarse en una posible disección; ya sea tras de árboles caídos, en huecos de formaciones rocosas o bien entre la vegetación, abundan. Al ser capturados, pese a sus múltiples defensas o a su escurridizo miedo, son destinados a dos sitios: al jardín zoológico y al taller de talabartería. Estando en el primero no producen grata impresión. Los niños les temen, los adultos son indiferentes y nadie intenta prodigarles una caricia. En lo segundo, y contra su voluntad, su piel es empleada para hacer zapatos que protegerán al pie humano.

El extraño visitante

(variación sobre un tema de Kafka)

Nunca supe de dónde ni cómo llegó, pero el animal mitad cordero mitad gato se me presentó varias veces. En un principio más que sorpresa tuve pánico. Apareció de noche en la sala de mi departamento. Su extraña figura lucía inexorablemente sobrenatural quizá por la oscuridad que dominaba restos de luz. Al prender el foco, escapó sin darme tiempo a observarlo. La segunda visita fue en el estudio, también realizada al amparo nocturno (prueba de que su parte gato predomina). La escasa luz de una pequeña lámpara me permitió ver, no sin dificultad, a aquel ser cuyos ojos despedían repetidos maravillosos fulgores verdes. Estaba yo sentado, leyendo; luego de empujar la puerta entreabierta asomé la cabeza. En esta ocasión me miró fija y detenidamente, permitiéndome analizarlo, para en seguida, no con la velocidad deseada por su parte felina, desaparecer con la rapidez que le permitía la parte cordero.

Medité sobre el caso, detenidamente, para obtener la conclusión de que el animal era incapaz de hacer daño alguno. Sin embargo, no pude comprender el significado de sus visitas.

Transcurrió una semana completa antes de volver a encontrar al visitante nocturno. A punto estaba de meterme en la cama y nada más, sentado en la orilla, hojeaba un libro, cuando el animal penetró lleno de confianza no manifestada las anteriores veces. Ronroneando llegó a mí para restregar su gatuna cabeza contra mis piernas, mientras que la mitad cordero, aún tímida, guardaba distancias. No supe cómo reaccionar: rechazarle fuera del departa-



mento, aceptar sus caricias o, tal vez, venderlo a un espectáculo circense. El animal, como si adivinara mis titubeos, retrocedía poco a poco, dando pequeños pasos, sin dejar de mirarme con tristeza. Luego desapareció y me dejó sumido en el desconcierto. Durante largo rato estuve aletargado, pensativo. Al salir del trance pude advertir lo sucedido. Salí a la calle en ansiosa búsqueda. Se había esfumado. Mi conducta, vista con serenidad, fue idéntica a la de todos, para quienes a fin de cuentas sólo era una rareza zoológica indigna de afecto.

Ahora, aun sabiendo que el extraño visitante no volverá a darme la oportunidad de lograr su amistad, por las noches dejo puertas y ventanas abiertas.

Briareo

Briareo es un gigante hijo del cielo y la tierra. Posee cincuenta cabezas y cien brazos. Tal hecho no le concede una suma de inteligencias, tampoco mayor habilidad manual. Simplemente lo hace una figura atractiva para el público. Sin embargo, nadie visita al pobre Briareo. Es normal: ¿qué hombre tiene la necesaria entereza para enfrentarse simultáneamente a cien ojos un tanto inquisitoriales? Los niños sí podrían hacerlo y sin temores. Pero cabe otra interrogante: ¿sus padres irían con ellos acompañándolos?

La Hidra de Lerna

Nueve cabezas tiene la Hidra de Lerna que trajo Hércules.

Serpiente de fealdad repugnante.

Cabezas que vuelven a crecerle en cuanto se las corta.

Los guardianes se descuidan y nadie resiste violar la orden de no alimentar a los animales: con tal de divertirse, avientan puñados de golosinas para mirar, insanos, cómo sus nueve cabezas logran atraparlas en pleno vuelo, sin dejar que algo caiga al suelo.

Ojalá no se enferme del estómago.

El grifo

El hombre ha exterminado varias especies animales. Cazándolas, persiguiéndolas o, por qué no, olvidándolas. No sabe conservar el patrimonio que la naturaleza le entregó, como ignora los elementos para detener la destrucción de miles de años de fantasía, de quehacer imaginativo. Por ejemplo: el bisonte y la paloma pasajera

norteamericana fueron muertos sin consideraciones. Otro ejemplo: ahí está un grifo, animal casi desaparecido. Más correctamente la codicia humana lo asedió hasta sólo dejar ese único ejemplar viejo y aburrido. Cuerpo de león, cabeza y alas de águila, con la espalda cubierta de plumas y provisto de garras enormes —que este solitario ha perdido— atrajo buscadores de tesoros. Su afición por las joyas lo llevó a descubrir varios de ellos, motivo más que suficiente para ser perseguido. Todavía existen por el mundo ilusos que anhelan el nido de un grifo (verdadera quimera) para llevarse, es decir, robar el oro y la pedrería con que está construido. Aquí fracasarían: todo se limita a excelentes falsificaciones.

De alguna manera, el grifo tiene algo de gallina de los huevos de oro, pues aunque sea ocasionalmente pone en lugar del huevo una grande y maravillosa ágata. Por tal razón muchos de los curiosos que están frente a él, envejecen esperando que este pobre y achacoso grifo haga un esfuerzo sobrenatural y produzca el portento.

De dragones

Los dragones pasean su aburrimiento, recorren durante horas, de aquí para allá y de allá para acá, los límites de su prisión. Sin fuego en las fauces parecen mansas bestias. La literatura no utiliza sus servicios y entonces les resta observar de reojo a sus observadores y vivir de pasadas glorias, cuando en medio de oleadas de fuego y humo ahuyentaban poblaciones enteras, provocando la destrucción y la muerte, cuando un caballero en una cabalgadura blanca (como Sigfrido) les hacía frente para sacar de apuros a una causa noble. Sólo recuerdos de villano olvidado. Ah, si alguna potencia —de esas muy belicosas— sustituyera tanques blindados y lanzallamas por dragones, el prestigio de éstos cobraría auge nuevamente. Incluso la poesía volvería a la guerra, al campo de batalla: otra vez a disputar por motivos románticos y no por razones mezquinas, políticas o económicas.

*

Hay que desandar el camino echando una última mirada a los monstruos para no olvidar lo que se vio en este jardín —al que sólo puede entrarse una vez—. La prolongación del corredor aún tiene jaulas, pero todas vacías, solitarias: se irán llenando a medida que el hombre produzca nuevos seres fantásticos. Por ignorarse el número exacto, la Empresa permitió que el corredor se prolongara al infinito. Así, mientras la imaginación humana trabaje, habrá siempre espacio para las creaturas que broten de ella.



Para Manuel Mejía Valera,
afectuosamente.